

J.-Y. JOLIF, *Comprender al hombre. 1. Introducción a una antropología filosófica*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1969, 326 págs.

El medio más seguro —y urgente— para distinguir la filosofía de la no-filosofía, es decir, de lo que se presenta como sucedáneo suyo, es comprender al hombre. El proyecto de este libro es ofrecer un puñado de categorías y un enfoque metódico con los que salir adelante en aquella tarea.

En la primera parte, el hombre aparece como “el lugar de la filosofía”. El autor emprende un análisis fenomenológico de la filosofía, haciendo ver que el “discurso antropológico” es principio y *arkhé* de todo pensamiento. La filosofía aparece así con una estructura ternaria, elevándose del dato a la trascendencia, y volviendo al dato para iluminarlo. En este proceso, el filósofo se ve sometido a una doble tentación: la de instalarse en el dato, recusando la trascendencia; o la de saltar a la trascendencia recusando el dato.

En la segunda parte, después de un capítulo intermediario en que sitúa recíprocamente la antropología filosófica y las ciencias del hombre, pasa a estudiar las categorías fundamentales de la antropología filosófica, intentando esclarecer las condiciones *a priori* de todas las manifestaciones humanas. Las categorías que el autor descubre “son cinco: totalidad, alteridad, diferenciación, dialéctica y metafísica” (p. 151). La *totalidad* es negación de determinaciones; pero la totalidad tiene que hacerse siempre, de modo que la unidad sólo puede ser mediata. El proceso de mediación —que supone la *alteridad* y la *diferenciación*— constituye la *dialéctica* y se cumple en la historia. En la mediación se dibuja una negatividad incluida en toda relación humana a la alteridad; esta negatividad es una abertura, un futuro que es como el “sacramento” de la trascendencia. La dimensión que el autor llama *metafísica* no es más que la abertura radical hacia el futuro indeterminado, exigencia de trascender todo contenido y toda totalidad efectiva, paso del sentido al horizonte de todos los sentidos.

El libro es temática y metódicamente ambicioso. Pero su honrado deseo de luchar contra el dualismo cartesiano puede llevar al lector a la tesis de que todo lo espiritual en el hombre se expresa por su cuerpo y de que todo el cuerpo humano lleva el sello del espíritu. Los planos no están suficientemente distinguidos. Por otra parte, cuando afirma que las totalidades parciales sólo pueden ser verdaderamente conocidas a través de la totalidad total, el autor corre el riesgo de ser interpretado como si nuestro conocimiento quedara en suspenso siempre, imposibilitado para lograr una certeza absoluta; también aquí debiera haberse distinguido entre el absoluto de la totalidad y el absoluto de la certeza: yo puedo estar absolutamente cierto de algo, sin que este algo agote el sentido de la totalidad.

Esperemos que en el próximo volumen prometido (*Dialéctica, Estructura, Historia*), el autor pueda darnos ulteriores aclaraciones en esta valiente tarea.

JUAN CRUZ CRUZ